

GRADOS EN JURISPRUDENCIA

En el pasado noviembre, el Colegio del Rosario confirió a nuestros distinguidos amigos y discípulos don Mariano Sanín y don Hernando Velásquez Calderón el grado de doctor en jurisprudencia.

El señor Sanín, natural del Departamento de Antioquia, estudió como convictor; el señor Velásquez alcanzó la dignidad de colegial de número y el puesto de inspector del Colegio. Entrambos se distinguieron en las clases por su clara inteligencia y su consagración al estudio.

La tesis del doctor Sanín versó sobre *Solidaridad Civil*; la del doctor Velásquez sobre la *Compensación*.

Reciban los dos nuevos abogados nuestras calurosas felicitaciones.

BALMES

FILOSOFO DEL MOMENTO ACTUAL

La casa editorial de Reus acaba de publicar la *Filosofía fundamental*, de Balmes, en su «Biblioteca filosófica de autores españoles y extranjeros,» que dirige el eminente don Adolfo Bonilla y San Martín. La obra va en un solo tomo de 861 páginas de letra metida, con prólogo y notas de Bonilla.

Esta «Biblioteca filosófica» de la Casa Reus, fundada hace poco, cuenta ya con obras de Kant, Malebranche, Schopenhauer y Farges, y tiene en preparación ediciones de Descartes, Condillac y Delbos.

¿Era oportuno resucitar, actualizar, las obras de Balmes en los años que corremos?

Creo que oportunísimo y necesario, y me honra coincidir en este punto con un sabio tan completo como el señor Bonilla.

Balmes es un defensor de la filosofía católica, un apologista de pensar cristiano. Su defensa de la Iglesia y de las doctrinas tradicionales frente al sensismo de Locke y Condillac, el criticismo kantiano y el panteísmo de Espinosa y las escuelas alemanas que por su tiempo estaban de moda, es de lo más sólido que en España se ha escrito durante el siglo anterior en materia de filosofía cristiana.

Ahora bien; por haberse pasado ya el auge de aquellas doctrinas, ¿hemos de estimar anticuado a Balmes? ¿No pueden aplicarse sus ideas al pensamiento filosófico contemporáneo?

Vamos a verlo con la mayor brevedad posible.

Más de una vez se ha dicho en los veintidós años que van transcurridos del siglo XX que Jaime Balmes, una de las glorias indiscutibles de nuestra patria, de nuestra ciencia y del catolicismo en general, estaba un sí es no es anticuado, por referirse sus escritos a teorías ya pasadas de moda y a las cuales no debían temer los católicos por lo mismo que habían perdido toda influencia en el mundo científico.

En los libros de Balmes—se dice—no puede hallarse refutación alguna a la doctrina de Bergson. Medían once años entre la muerte del filósofo de Vich (1848) y el nacimiento del filósofo francés (1859). Tampoco pudo combatir Balmes el pragmatismo de Guillermo James, ni la herejía modernista, ni conocer los progresos de la psicología experimental, desarrollada a partir de Wundt. El positivismo de Augusto Comte fue, en gran parte, posterior a él; Nietzsche era un niño de cuatro años cuando murió nuestro filósofo, en cuyos tiempos no habían tomado realce las teorías asociacionistas de Stuart Mill, como tampoco el evolucionismo y la selección natural de Darwin, no obstante la *Filosofía zoológica*, de Lamarck, publicada hacia 1809.

¿Quién se acuerda hoy—añaden los que juzgan anticuado a Balmes—del sensismo de Locke y Condillac y de las teorías de Krause? Y aun exageran los defectos que ponen a Balmes los tomistas rígidos, es decir, el ser muy aficionado al escepticismo objetivo, al fideísmo de Jacobi, al psicologismo cartesiano y al empirismo escocés.

Claro que el autor de *El criterio* no necesita defensas de nadie, y menos de quien traza estas líneas. Solamente a título de aficionado me atrevo a esbozar la idea de que los libros del insigne catalán son aplicables a los sistemas—o ideas, hara hablar con más propiedad—que rigen en el día, y que sabiendo leer en la *Filosofía fundamental* y en la *Elemental* se hallan razones suficientes para combatir las doctrinas modernas que la Iglesia católica desapueba.

Algo más anticuado que Balmes en apologética está Chateaubriand, y uno y otro murieron en el mismo año.

En primer término, ¿por qué no aceptó Balmes en conjunto, en bloque, en inquebrantable unidad la escolástica tomista, hoy tan en boga y tan estudiada, por la escuela de Lovaina especialmente? La pregunta se contesta sola con haber saludado cualquier manualeté de historia de la filosofía.

A principios del siglo XIX hay muy pocos escolásticos, aun entre los católicos. Sensualistas de la escuela de Locke y Condillac son el jesuita portugués P. Ignacio Monteiro y Verney o Barbadiño, arcediano de Evora, y el agustino cordobés Muñoz y los jesuitas PP. Andrés y Eximeno, y hasta el gran Jovellanos, cuya fe católica, si le hizo abominar de Condillac, se creyó muy segura al lado de Locke. La única excepción es el *Filósofo Rancio*, por su nombre, Francisco Alvarado, cuya condición de religioso dominico le hizo adoptar la doctrina tomista. De él ha dicho el maestro Menéndez y Pe-

layo: «El sólo piensa con serenidad y firmeza, mientras todos saquean a Condillac y Destutt-Traci.»

Italia, que fue el vivero de la restauración escolástico-tomista, no presentaba en la época de Balmes un movimiento muy decidido hacia las doctrinas de Santo Tomás. El dominico Roselli había llegado antes de tiempo y fue solamente un precursor, cuyos méritos no se reconocieron hasta mucho más tarde; Gerdil, aunque cristiano y ortodoxo, fue un ecléctico; Sanseverino era todavía cartesiano en vida de Balmes, aunque después se convirtiera en uno de los más celosos defensores y restauradores de la escolástica; Liberatore no empezó su obra de restauración tomista hasta después de su destierro en Malta, en 1848, año de la muerte de Balmes.

Origina el nuevo auge de la escolástica la encíclica de León XIII *Aeterni Patris*, de 4 de agosto de 1879. Las tendencias precursoras de esta restauración tomista se inician en las principales naciones europeas mucho después de Balmes. En Alemania pone los primeros jalones el jesuita Kleutgen, en 1866; en Francia, si hemos de prescindir, como es lógico, de Enrique Martín, hay que venir hasta la época muy moderna para encontrarnos con la escolástica de Teófilo Desdouits y de Amadeo de la Margeríé; Bélgica prepara su restauración tomista en 1875, con la *Teodicea* y la *Ontología*, de Dupont; en Inglaterra, por último, no hallamos escolasticismo hasta que en 1884 publica el P. Tomás Harper su *Metafísica escolástica*.

«En toda la primera mitad del siglo XIX—dice el señor Herranz Establés, en su *Historia de la Filosofía* (Barcelona, 1915, p. 291)—la filosofía cristiana no adelanta un paso. El escolasticismo, ridiculizado por unos, odiado por muchos, olvidado de todos, vivió en los conventos de los dominicos y en la mayor parte de los seminarios españoles, alimentándose en la obra del P.

Boselli. Los seminarios franceses siguieron alimentando sus inteligencias en Descartes, o, lo que es lo mismo, en la filosofía lugdonense del padre Valla, y los escritores católicos, unos, como los alemanes, se inclinaban al racionalismo; otros, como los franceses, daban en las exageraciones del tradicionalismo, y aun los mismos italianos, o seguían las doctrinas de Condillac, o corrían con Rosmini y Gioberti a despeñarse en los errores ontologistas. No era extraña la gran desviación de los entendimientos, cuando los mismos católicos andaban tan errados, mereciendo sus doctrinas la reprobación de la Iglesia.*

Que en tal estado de la filosofía, Balmes se apartara un poco del escolasticismo tomista, nunca de la más pura ortodoxia, es disculpable y, sobre todo, muy español. Recuérdese cuanto dice el maestro Menéndez y Pelayo en *La ciencia española* y en otros escritos suyos acerca de la filosofía de nuestra patria, sobre la escasa afición de los españoles al tomismo rígido y de qué manera se amoldan otros sistemas filosóficos a la ortodoxia católica, y Balmes queda por completo vindicado de los peros que le ponen los intransigentes.

Balmes es y será siempre, por consecuencia, un filósofo católico de primera línea, gloria de nuestra patria. Sería una lástima que nos resultase anticuado. Veamos si tienen razón los que así le juzgan.

* * *

Es corriente la opinión de que Balmes es un buen expositor de la filosofía católica, pero que no tiene nada original, no ha fundado sistema alguno y no puede hablarse, por tanto, de una filosofía balmesiana, como se habla, por ejemplo, de filosofía hegeliana o krausista.

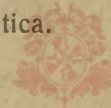
En criteriología Balmes es original. Cree y razona que el fundamento de la certeza se halla en la concien-

cia, en la evidencia y en el sentido común. Eso—se contestará—no constituye un sistema filosófico. Es cierto; pero, ¿cuántos filósofos de renombre pueden jactarse de haber formulado un sistema filosófico completo? Muy pocos. Al pensar únicamente en los tiempos modernos acude a los puntos de la pluma el nombre de Hegel; al extenderse a toda la historia de la filosofía, un nombre domina como sol espléndido: Santo Tomás.

La generalidad de los filósofos han limitado su acción a fabricar o modificar ideas, no sistemas. Nunca se insistirá bastante en la diferencia que hay entre unas y otros.

La idea se refiere tan sólo a un punto determinado de la filosofía; un sistema la abarca toda ella. Supóngase un edificio, una casa con todas las habitaciones y dependencias que la vida requiere. Esto puede compararse a un sistema o conjunto armónico de doctrinas que atañen por igual a la metafísica, la lógica, la moral, el derecho, la filosofía natural, el arte, etc., etc. Una idea es, por el contrario, como una habitación o un detalle del gabinete o de la sala. Por eso sucede con frecuencia que quienes sólo se preocupan de las ideas sin relacionarlas con el sistema de que forman parte, dañan los otros departamentos del edificio, o bien hacen que todo él se conmueva e incluso o amenace ruina, como se cuarteja y cae la construcción a la que un arquitecto descuidado cargase con más peso del que pueden soportar sus cimientos y sostenes.

Las diferencias entre Santo Tomás y Dunsio Escoto son diferencias de ideas y no de sistemas. Entre Kant y la escolástica, la diferencia es de sistema. Aristóteles y el Doctor Angélico se diferencian en el sistema, aunque muchas de sus ideas sean las mismas y la trabazón de raciocinios y conceptos idéntica.



Si Balmes fue original en algo que se relacione únicamente con las ideas, es decir, con lo menudo, los detalles, los meros pormenores, ya fue original en algún capítulo de la filosofía, y aunque combine en esta originalidad ideas de otros filósofos y otras escuelas no por eso pierde aquélla su valor. Original fue Víctor Cousin, y su mérito consistió en buscar armonía entre lo antagónico y lo dispar.

Puede suceder que algún sistema filosófico no extienda su dominio a todas las ramas de la filosofía, sin que por eso deje de ser sistema. Tal ocurre con la teoría de Bergson, que es sistema, y que desprecia la metafísica. Pero esto equivale al plano de una casa que careciera, por ejemplo, de sala, no porque se hubiera olvidado esta habitación, ni por ignorancia del arquitecto, que no supo dónde ponerla, sino porque se ha creído que la sala era una estancia inútil y se ha suprimido como artículo de lujo. Pirrón,

.....“*cuyo sistema*
Borró la creación de una plumada,”

como ha dicho Campoamor en su *Licenciado Torralba*, tiene también su *sistema*, por más que éste consista en la destrucción de toda base de conocimiento.

De manera que Balmes, aunque no sea autor de sistema alguno, lo es de un punto de criteriología. Si en este punto se muestra ecléctico, con eclecticismo católico, claro está, no daña la amplitud de criterio su originalidad.

Tiene, pues, Balmes un puesto de honor en la historia de la filosofía, al lado del Protágoras, Tomás Reid, Jacobi, Kant y los partidarios de los criterios externos, como Pedro Daniel Huet, Bonald, Lamennais y los modernos pragmatistas, como Sanders Peirce y Guillermo James.

Es más; me atrevería a decir que nuestro inmortal compatriota raya en criteriología a mayor altura que Descartes, ya que el *criterio de la idea clara y distinta*, defendido por el filósofo francés, no es otro que el de la evidencia, y esto sí que es «aumentar los entes sin necesidad.»

Ahora bien; en el caso de que Balmes no fuera más que un buen expositor de filosofía católica, prescindiendo de su originalidad en criteriología y de haberse adelantado a su época en la veneración que tiene por la escolástica, ¿puede estar anticuado con respecto a las escuelas que dominan en filosofía en los años que corremos? Creo que tampoco.

Mauricio de Wulf, de la escuela de Lovaina, discípulo y colaborador del cardenal Mercier, reduce a cinco grupos en su *Historia de la Filosofía* los sistemas filosóficos del siglo XX: 1) positivismo; 2) monismo; 3) pragmatismo; 4) neokantismo, y 5) neoescolástica.

De este último grupo no tengo para qué ocuparme, desde el momento que a él hubiera pertenecido, sin duda, Balmes, de vivir en nuestra época.

El positivismo contemporáneo adopta múltiples aspectos y formas muy varias. En Inglaterra lo han defendido los partidarios de Spencer: Huxley, Lewis (marido de la novelista Jorge Eliot), Bridges, Tyndall muchos otros. En los Estados Unidos, Carus, (no que confundirle con el Caro francés, discípulo de Cousin), le hizo triunfar de la escuela escocesa. En son positivistas Ribot y el sociólogo Durkheim; Alemania, Laas y de Richl; en Italia, Ferrari, Ardigo Morselli; en Rusia, Roberty. ¿Cuál es el espíritu de escuela positivista moderna? Hé aquí cómo lo M. De Wulf: «Menos brutal que el materialismo, el positivismo peca por un vicio radical: la identificación de lo cognoscible con lo sensible.»

Ello equivale a creer que las ideas son sensaciones transformadas. Nos hallamos de nuevo en el sensismo de Locke y Condillac atacado por Balmes. De manera que las páginas consagradas por el filósofo de Vich en su *Filosofía fundamental* a establecer los jalones, las fronteras entre las ideas y la sensación, destruyen la esencia misma de todo positivismo y están de actualidad, puesto que gran parte de las escuelas modernas es positivista. Es cierto que hoy no suenan los nombres de Locke y Condillac; pero se escriben de continuo los de Ribot, Romanes y otros positivistas, atacados de antemano por Balmes al arruinar con su crítica las bases de las doctrinas que aquéllos profesan.

Se habrá observado que los filósofos positivistas que cité más arriba, tomando sus nombres del libro de De Wulf, no corresponden muchos de ellos al siglo XX. Sus ideas perduran, sin embargo, y por eso el renombrado filósofo belga no ha tenido inconveniente en ponerlos como coautores de la filosofía contemporánea.

* * *

El neocriticismo o retorno a las teorías de Kant, combinadas con el escepticismo sensista de Hume, aunque uno y otro sistema sean tan diferentes, fue inaugurado hacia el año 60 por el profesor de Zurich Alberto Lange y aclimatado en Francia por Carlos Renouvier y Julio Lachelier. Tuvó por precursores al napolitano Pascual Galluppi y al también italiano Alfonso Testa, filósofo que, no obstante su criticismo, sigue, en general, la doctrina católica. Neocriticista es también Boutroux, muerto no hace mucho.

Los neocriticistas o neokantianos exponen la entraña, el nervio, lo esencial de su doctrina diciendo: «¿Qué es lo que aparece en nuestros actos cognoscitivos? La representación que nosotros nos formamos. Sólo, pues, de representaciones o fenómenos podemos hablar.»

Los capítulos que dedica Balmes a probar la realidad objetiva y externa de los objetos de la sensación, la realidad de la extensión y la diferencia entre las verdades ideales y las verdades reales, a más de las razones con que ataca la filosofía kantiana en varios pasajes de sus obras y en su opúsculo de *Historia de la Filosofía*, son argumentos bastantes contra el neocriticismo moderno, y por lo que se ve no han podido quedarse anticuados.

«Un orden de verdades ideales—dice Balmes—sin una verdad real en que se funde, es contradictorio. Lo necesario ha de estribar en algo necesario, y no hay necesidad sin existencia, pues que en faltando ésta sólo queda la nada. Ese enlace íntimo que vemos entre las verdades ideales, esa necesidad absoluta en sus relaciones, y que arranca nuestro asenso de una manera irresistible, es una vana ilusión, es un absurdo, si no hay una verdad real necesaria.»

En estas palabras está también condensado el empírico criticismo de Ricardo Avenario, profesor de Zurich, muerto en 1896, y para quien la verdad ha de buscarse en lo que Kant llama fenómeno.

El seudo cartesianismo, con ribetes panteístas del alemán Rodolfo Eucken y del profesor de Copenhague Höffding, es atacado por Balmes en varios capítulos de sus obras al mencionar los defectos de las doctrinas que le precedieron, y en las cuales se asienta.

* * *

El monismo moderno cuenta con tres defensores principales: el alemán Haeckel, el francés Félix le Dantec y el ya citado Höffding. El de los dos primeros es un monismo materialista y ateo. Las páginas en que nuestro filósofo vuelve por los fueros de la verdad podrían aplicarse al caso, y las obras de Haeckel y del químico

Ostwald, tan saqueadas por algún biólogo moderno, así como la *Teoría nueva de la vida*, *El ateísmo* y la *Ciencia y conciencia*, de Le Dantec, no encuentran fundamento en qué apoyarse, una vez leídos con fruto los libros balmesianos.

Consiste el indiscutible mérito de Höffding en haber ataviado a la moderna, y con más rigor científico que su propio autor, el panteísmo de Espinosa, vapulado por Balmes en la *Filosofía fundamental* (libro IX).

El neohegelianismo de los italianos Benedetto Croce y Gentile se refiere más que a la filosofía propiamente dicha, a la estética y a la crítica literaria y de arte.

En las *Cartas a un escéptico en materia de religión* y en el epitome de *Historia de la Filosofía* pulveriza Balmes la doctrina de Hegel.

*
**

De todos los filósofos modernos es el más renombrado el francés Enrique Bergson. Sus obras están en el Índice por heterodoxas; pero hay extremos de su doctrina que pueden aplicarse con fruto al catolicismo. Un jesuita francés contemporáneo, el P. Tonquède, ha dicho que los filósofos católicos pueden mirar a Bergson, salvando tiempos y jerarquías intelectuales como Santo Tomás miraba a Platón. Su sistema, sin embargo, no puede tomarse en bloque. Hay en él muchos puntos que se desmigajan, que no resisten el análisis de la crítica, que se oscurecen a la luz de la razón y la experiencia.

Uno de los fundamentos esenciales de la doctrina de Bergson consiste en afirmar que la vida y la conciencia son una continua mutación, una creación y destrucción constante de estados psicológicos, algo así como una cinta de cinematógrafo en la que se hallan registrados todos los movimientos.

Esta concepción especialísima de Bergson parece destruir (desde luego no los destruye) el principio de

causalidad y la idea de substancia. Del primero se ocupa Balmes en el libro X de la *Filosofía fundamental*. Además, en su compendio de *Historia de la Filosofía* dice, refiriéndose a Hume, algo muy precioso que pudiera aplicarse a Bergson. «Hume—escribe Balmes—lo redujo todo a simples fenómenos subjetivos, sostuvo que nada sabemos sobre lo que les corresponde en realidad, y que, en saliendo de esa experiencia puramente subjetiva, no hay ciencia posible.»

«Así arruinaba el principio de causalidad; y la relación de causas y efectos no era más que el simple encadenamiento de los fenómenos que nos atestigua la conciencia. Por manera que, cuando afirmamos que lo que empieza a ser ha dependido de otro que le haya dado la existencia, establecemos una proposición sin fundamento, puesto que en la conciencia de los fenómenos no está atestiguada la dependencia real entre ellos, sino meramente la sucesión.»

De la substancia trata Balmes en el libro IX de la *Filosofía fundamental*. Puede oponerse a ciertos extremos de la filosofía de Bergson, el párrafo que dice: «La relación a las modificaciones no es esencial a la substancia; de otro modo, sería preciso decir que no hay ninguna substancia inmutable; y que Dios, ser inmutable por esencia, no es substancia. En la idea de substancia entran las de *ser*, de permanencia, de no inherencia a otro ser.»

Para Bergson, como para muchos filósofos modernos, la metafísica es un absurdo, o, como la llamó Claudio Bernard, la ciencia que estudia las «sublimidades de la ignorancia.» Balmes defiende a la metafísica en los libros I y IV de su *Filosofía fundamental* y combate a todas las escuelas filosóficas modernas que se basan en el agnosticismo y entre las que tiene preferente lugar el modernismo religioso condenado por Pío X en su encíclica *Pascen-*

di Dominici gregis, de 7 de septiembre de 1907; en el párrafo que proclama la necesidad de verdades superiores a la experiencia... «La razón humana—escribe Balmes—se destruye si se le quita ese fondo de verdades necesarias que constituyen su patrimonio común. La razón individual no podría dar sino muy cortos pasos, puesto que se hallaría abrumada de continuo con el peso de la observación... falta de una luz que le sirviese para todos los objetos y privada para siempre de reunir los rayos de la ciencia en un centro común que le permitiese simplificar... Cada cual habría hecho sus experiencias, y como en todas ellas no habría nada de necesario, nada que las enlazase entre sí, el conjunto de las observaciones de todos los hombres no tendría ninguna unidad, serían las ciencias un campo de confusión, donde el reinado del orden fuera del todo imposible. Las lenguas no se habrían formado, y aun suponiéndolas formadas, no se habrían podido conservar. En todas ellas, no sólo en la complicación de un largo discurso, sino también en las enunciaciones más sencillas, se halla la expresión de un fondo de verdades generales, necesarias, que sirven como de trama para el enlace de las contingentes.»

No he de entrar en la exposición del pragmatismo o voluntarismo de Guillermo James, en el que se atiende a lo puramente utilitario para estatuir el criterio de la verdad y en el que se hace preceder la voluntad al entendimiento, como si no fuera cierto aquel principio de la escolástica *nihil volitum quim præcognitum*. Una teoría que lleva en sí la destrucción de toda moral y que juzga a la humana inteligencia inepta para distinguir lo verdadero de lo falso, lo bueno de lo malo, encuentra aquí y allá, en las obras de Balmes, argumentos bastante fuertes para aniquilarla. Además, como se trata de una

doctrina esencialmente agnóstica, hállese de antemano combatida en el párrafo de Balmes, copiado últimamente.

Las razones esbozadas y muchas otras, de índole científica y patriótica, dicen bastante sobre el acierto de don Adolfo Bonilla y San Martín y de la Casa Reus al reeditar una obra cuya lectura es utilísima para todos los consagrados a estudios filosóficos.

El señor Bonilla, cuyo prólogo breve y erudito informa a satisfacción acerca de la persona y la obra de Balmes, no abusa de las notas que son tan escasas y sucintas como substanciosas y necesarias.

LUIS ARAUJO-COSTA

(De *Raza Española*)

EL LATIN, BASE DE CULTURA

(Del diario *O Paiz*, de Río de Janeiro).

Debemos comenzar el estudio de la lengua materna por el portugués o por el latín?

No vean una paradoja en esta pregunta aquellos para quienes no clarea todavía la verdad lingüística en todo el esplendor de su luz concéntrica. Acuérdense de que los grandes clásicos de nuestra lengua estudiaron el portugués por la gramática latina; y no podrán hoy ser debidamente explicados y comprendidos, señaladamente Camoens, por quien no posea de la sintaxis latina y de los autores latinos un conocimiento cierto y familiar.

A los que han seguido mis artículos sobre el valor educativo de la filología y la gramática no les parecerá un despropósito esta pregunta mía.